



*A. Burr*



I

En el estado mayor del gran Jorge Washington militaban, durante la guerra de independencia, dos mozos que por su ingenio, su despejo y su ambición, parecía destinar la suerte á los honores más grandes y á las posiciones más encumbradas; pero que la suerte misma se había de complacer en colocar en campos opuestos, hasta traer la muerte del uno y la ruina del otro.

El mayor de aquellos mancebos llamábase el capitán Alejandro Hamilton, y decíase el otro el capitán Aaron Burr. Años después, cuando cargado de achaques, de desengaños y de dolores, recapitulaba Burr su aventurera vida pasada, solía decir que si de joven hubiera leído más á Sterne que á Voltaire, habría llegado á darse cuenta de que el mundo era bastante amplio para dos rivales; pero tarde comprendió verdad tan palmaria, que de hacerlo en hora propicia otra hubiera sido la suerte de ambos, y otro, tal vez, el giro que tomara la historia de México.

Nació Aaron Burr en Newark, estado de New Jersey, el 6 de febrero de 1756; era hijo del Rev. Aaron Burr, teólogo eminente á quien se considera como fundador de la universidad de Princeton, y de Esther Edwards, hija de Jonathan Edwards, otro teólogo, quizás el más grande que haya producido el nuevo mundo.



Emparentado por todas las ramas con ministros y educadores famosos por sus luces y su rectitud, Aaron Burr estaba inclinado á la iglesia y á la cátedra, con tanto más fundamento, cuanto que ya desde niño se anunciaba su aguda y precocísima comprensión.

Pero si Aaron heredó el entendimiento de sus antecesores, no recibió asimismo sus tendencias sanas y pacíficas. Sólo contaba cuatro años de edad <sup>1</sup> cuando, por causa de un altercado con su profesor, se escapó de la casa y anduvo errante varios días; á los once estaba listo para matricularse en Princeton, donde se rehusaron á admitirlo por su extremada mocedad; á los trece entraba á las clases de *sophomore* y se graduaba á los diez y seis.

Su tío, Timoteo Edwards, en cuyo poder quedó por muerte de sus padres y abuelos, trató de hacerle abrazar la carrera de *divine*, en que tanto se habían señalado los suyos; pero en verdad que no podía haber nada más irracional ni infundado que tal deseo. El chico se extasiaba ya en la lectura de los enciclopedistas franceses que á la sazón privaban, y el viejo era, conforme nos lo pintan, <sup>2</sup> un riguroso ordenancista, un carácter forjado en frío y un rigidísimo teólogo puritano que más moraba en la sombra del Sinaí que en la dulzura, la luz, el amor y la compasión de la montaña de las bienaventuranzas. Pronto debía brotar el choque entre dos naturalezas tan opuestas; y en efecto, desgarrado Burr, como nuestros clásicos decían, de la casa de su pariente, se propuso seguir la carrera del derecho, la ciencia de los hombres, ya que no era para él la ciencia de Dios, en que sus antecesores habían brillado.

Apenas empezaba á tomar noticia de las Pandectas y la Instituta, al lado de su hermano político, Tappan Reeve, cuando lo distrajo de tan pacífica ocupación el tronar de los cañones de Lexington. Diez y nueve años tenía cuando empezó su carrera militar, y era, desde entonces, en comer y beber, espartano, capaz de contentarse con dormir unas cuantas horas y de soportar sin protesta todas las fatigas físicas. De pronto y noble entendimiento, en plazo muy breve se asimiló todos los libros de la ciencia de la guerra; dotado de voluntad tenacísima, nadie mandaba en el ejército con más imperio que él; de natural exquisitamente bondadoso, sus soldados lo adoraban. Nunca supo Aaron Burr lo que era el miedo; sus nervios no llegaron á estremecerse nunca, y á pesar de que se encontró frente á frente de las catástrofes más terribles

<sup>1</sup> *Memoirs of Aaron Burr*. . . . . by Matthew L. Davis, vol. I, p. 25.

<sup>2</sup> *The true Aaron Burr*, by Charles Burr Todd., pag. 2.

de la historia americana, jamás llegó á perder la plena posesión de su persona. <sup>1</sup>

Preparábase á la sazón la heroica aventura del Canadá, bajo la conducta del coronel Benedict Arnold, y Burr armó y equipó á sus expensas una compañía que bien menguada quedó en aquella expedición, punto menos que fabulosa, en que por veintisiete días anduvieron los hazañosos americanos perdidos entre agrestes soledades, muertos de hambre y de frío, y obligados á comer hasta las correas de los zapatos y el cuero de las cartucheras. Murieron muchos, desertaron otros, enfermaron los más, y al fin la columna, que había salido fuerte de cosa de dos mil hombres, llegó á las colonias británicas reducida á menos de seiscientos.

Había que llevar un mensaje al general Montgomery, y cuando se mostraban dudosos ó negativos los otros expedicionarios, Burr se propuso para el caso; disfrazado de sacerdote atravesó las doscientas millas que de la ciudad de Montreal distaba su campo y entregó el papel al general amigo. Tan complacido quedó éste, que hizo su ayudante á Burr con el grado de capitán.

La tropa se encaminó contra Quebec, tratando de sorprender la guarnición; pero ésta pudo darse cuenta de lo que pasaba, disparó un cañón, y todos los de la sección de Montgomery cayeron difuntos, menos Burr y su guía. El joven ayudante, sin aturdirse, se echó en hombros al general muerto, y con él á costas caminó hasta depositar en campo amigo el cuerpo del malogrado jefe, con cuya vida acabó la esperanza de conquistar el Canadá para la Unión.

Tan sonada fué aquella hazaña, que, pasados de ella muchos años, un ex-capellán de la heroica columna, que visitaba New-York, quiso hablar á Burr, que vivía en la gran ciudad, viejo, triste y enfermo.

—No haga usted tal, le dijo su acompañante, que Aaron Burr está muy mal querido y considerado por todos como traidor.

—¿Traidor?—respondió el sacerdote. Nunca creeré que haya sido de madera de traidores aquel hombre tan esforzado y tan discreto; debe de haber en esto alguna lamentable equivocación. Y describió luego aquella noche de luna, aquel arrogante mozo portador de la más fúnebre carga, aquel caminar por las praderas cubiertas de nieve, aquel recatarse de las balas de los ingleses, y aquel llegar al real americano y deponer en tierra con filial piedad los despojos mortales del héroe.

<sup>1</sup> Orth, *Five american politicians*, p. 21.